

Edurne Portela

Maddi y las fronteras



EDURNE PORTELA

Maddi y las fronteras

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2023

© Eurne Portela, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B 171-2023
ISBN: 978-84-19392-23-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Izarraitz Villaluce y Joxemari Mitxelena
que encontraron a Maddi
y, junto a ella, me conmovieron la vida*

Preludio

Sachsenhausen, 13 de noviembre de 1944

Intentas entenderme, completar mi biografía, imaginar este final. Rellenar todos los vacíos, esclarecer las incógnitas que te suscita mi vida y que hoy por fin acabará. Te han regalado las palabras registradas en los archivos de mi paso por esta vida y esta muerte: partida de nacimiento, matrimonios, divorcio, deportación, Dachau, Ravensbrück, Sachsenhausen, condecoraciones, reconocimientos, pesquisas archivadas que hará ese hijo que no es mío. Palabras que me resumen pero que no te cuentan todo lo que he amado y sufrido, lo que he deseado y odiado, el bien y el mal que he hecho, todo lo que me han querido y admirado, temido y despreciado. No escucharás mi voz y apenas entenderás mi rostro porque no me has visto sonreír ni llorar. Solo tienes una fotografía con mi querida Marie Jeanne y ese perro al que darás un nombre inventado. ¿Cómo vas a contar mi historia? ¿Cuánto vas a fantasear para darle un sentido? ¿Vas a entender mis motivos? ¿Vas a convertirme en heroína? ¿En víctima? De ti depende cómo me recuerden quienes te lean. Serás responsable de la memoria que quede de mí en aquellos que abran estas páginas. No inventes demasiado. No imagines demasiado.

Demasiado nunca será suficiente.

I

Todo lo que poseo está dentro de esta pequeña maleta que tan poco pesa. Si no fuera así, no podría ir a la velocidad que voy, las cuerdas que atan la maleta a la parrilla no serían lo suficientemente fuertes, la parrilla misma no aguantaría su volumen, mis piernas no podrían pedalear a esta velocidad. Ligera. Por fin libre. Con todo el futuro por delante. Digan lo que digan. Que si a mi edad ya no, que si mi vida por la borda, que si cómo se me ocurre. ¡Ja! Que hablen lo que quieran. Siempre he sabido que mi destino era otro, no me quise quedar en el caserío miserable de padre y madre malviviendo y sí, entiendo que era demasiado joven cuando me fui y que no tomé las mejores decisiones durante años, pero esta última, esta sí que es buena. ¿Qué derecho tiene nadie a atar mi vida a la de un hombre, a sus deseos y caprichos? ¿Y qué derecho tiene un hombre a tomar mi cuerpo a su antojo, decidir sobre mi vida, decirme lo que puedo hacer y lo que no? ¿Quién ha resuelto que eso sea así? Si viviera al otro lado de la muga, todavía, que allí los curas mandan mucho más que aquí, en la escuela, en las casas y en todos sitios y por mucho que las mujeres quieran lo contrario, están amarradas a la cocina, al marido y a los hijos. Padre y madre se criaron allí al fin y al cabo, pero yo no. Y a mí en la escuela me enseñaron eso de libertad, igualdad y fraternidad y yo, que era una niña aplicada, tanto que la maestra insistió a padre que no me sacara de

la escuela, que yo servía para estudiar, pero él, erre que erre, que ya tenía edad de trabajar, si no me hubiera sacado de la escuela a saber dónde estaría yo ahora, no me hubiera ido de casa ni casado con Nico ni... tan aplicada era que me creí lo de que todos somos iguales. ¡Y libres! Si tengo la oportunidad de serlo, de usar la ley para ser libre ¿sería tan tonta como para negarme a mí misma esa oportunidad? ¿Por qué iba a aceptar un futuro en el que no veía más que tristeza y miseria? No quiero pasar mi vida en una taberna, sin ver más perspectiva que la de servir, dentro y fuera de la barra. Encima rindiendo cuentas al otro, que lo que él traía de la carpintería y de la mar bien se lo quedaba. Soportando todo lo demás, las humillaciones y... en eso no, en eso no voy a pensar. Si no me hubiera rebelado, no estaría ahora pedaleando por esta carretera, a toda velocidad, feliz hacia mi nuevo destino. Mi vida por la borda, dicen, serán idiotas. Esos no saben lo que es vida. Ni esas que, como no se atreven a nada, se pasan la vida criticando a las que sí nos atrevemos. Tampoco es que a Nico le haya importado demasiado. Le fastidia quedarse sin criada y sin cama caliente, pero pronto encontrará a otra. El mundo está lleno de tontas dispuestas a servir y a parir hijos como conejas.

Ya llego a la barbería. Antes de la hora. A ver si Louis está preparado o, como siempre, le tengo que esperar. Apoyo aquí mismo la bicicleta. Ahí está, cortándole los cuatro pelos al alcalde. Mejor me quedo aquí. Me quito el jersey, así se me seca el sudor. Sale con la tijera en la mano y el trapo al hombro y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Maddi, querida! Pero qué pronto has llegado, cómo pedaleas, un día te vas a dar un trastazo. ¿Solo traes esa maleta? ¿Dónde has dejado tus vestidos de gala y tus pieles?

–Muy gracioso. Estoy empapada, aparta, no te me acerques. ¿Te queda mucho con ese?

–Acabo enseguida y *ese* se viene con nosotros al hotel, que dice que le apetece ver cómo han quedado los últimos retoques. Ayer pusimos las lámparas.

–¡Entonces podemos abrir ya!

–Solo faltabas tú. Y tu maletita.

Hago el gesto de cogerla.

–Déjala ahí, que nadie te la va a robar. Pasa y descansa, y no seas impaciente, que enseguida nos vamos.

Entro en la barbería. Me miro en el espejo y veo mi cara todavía colorada por el esfuerzo, el pelo encrespado y un par de mechones pegados a las sienes, la camisa de algodón con marcas de sudor. Estoy hecha unos zorros. Cojo un frasco con agua de colonia y me echo unas gotas en el escote con disimulo. Me atuso un poco el cabello. Louis me ha visto, me sonrío en el espejo. El alcalde tiene los ojos cerrados. Apenas me ha saludado con un gesto de cabeza al entrar. Sé que no me aprecia y que, si voy a regentar el hotel, es gracias a la insistencia de Louis. Este tipo piensa que una mujer como yo no es de fiar. Estoy convencida de que se imagina que mi bicicleta es el palo de una escoba. Lo que no sabe este sinsustancia es que él tampoco me gusta lo más mínimo y que he escuchado lo que dicen de él por ahí. Si la mitad de lo que oía mientras trabajaba en la taberna es cierto, está él como para hacer muchos trajes a nadie. Aunque quién soy yo para juzgar por rumores y maledicciones, con el daño que las habladurías me han hecho a mí. Y lo mismo que he oído de él, lo decían del alcalde anterior, a cuenta de la construcción del trenecito y de las tierras que han quitado a los caseríos de alrededor, que si el trenecito ese para qué, de-

cían, que las obras destrozaban el monte, que si no iba a conseguir subir a ningún sitio, pero al final, mira, llega hasta el mismísimo pico, y ahí va, cargado de gentes que quieren pararse a contemplar las vistas, cosa que a algunos también molesta, hablaban de las tierras que ha perdido este y el otro y de cómo un barbero que no sabe nada de nada se queda con el hotel para su explotación porque tiene tratos oscuros con este alcalde. Yo escuchaba todas esas conversaciones en silencio y me las guardaba. Hasta el día que me marché. Qué caras pusieron. Mientras me quitaba el delantal al final de la jornada, porque, eso sí, a mí nadie me va a reprochar que deje el trabajo a medias, anuncié a todos los presentes que me despedía, que ese barbero del que tanto hablaban me había contratado para regentar el hotel porque, efectivamente, él no tiene ni idea de cómo hacerlo, pero yo sí. Y les invité a la inauguración y les dije que habrá baile y vino para todos. Porque lo va a haber. Y aquí estoy, a punto de subir al hotel con mi maletita. Para quedarme. Mi hotel. A ver si acaba Louis de peinar los cuatro pelos de este tonto-laba. Qué reverencias le hace. A mí los acuerdos que tenga con él me traen sin cuidado. Por fin se acabó la necesidad, el trabajo de venta en venta, de taberna en taberna, sirviendo en casas, deslomándome y aguantando las miradas despectivas, las preguntas indiscretas. Ahora sí comienza una nueva vida. Ya no hay quien mande sobre mí. Tampoco Louis.

Louis trabaja en silencio y el alcalde se deja hacer. Observo sus manos suaves, la delicadeza de sus gestos. Miro las mías. Grandes. Callosas. Rudas. Mis dedos son como morcillas, los suyos como bichos palo que se mueven inquietos. Retoca el bigotito del alcalde, que se mira al espejo como si fuera guapo, le quita el batín y le pasa suavemente un cepillo por

los hombros y la pechera del traje azul marino. Guapo no es, pero elegante sí. Nunca le he visto con blusón o con alpargatas. Con la misma delicadeza, se quita la bata, la sacude, la cuelga, y haciendo un ademán elegante nos dice que salgamos de la barbería. Pone el cartel de cerrado, desato las cuerdas de la parrilla de la bici y cojo mi maleta, juntos nos dirigimos al coche del alcalde. Louis echa la bicicleta a la parte de atrás. La rueda sobresale. El alcalde refunfuña y forcejea con ella. Me meto en el coche sin pretender ayudarlo. Subimos por la nueva carretera que lleva al collado. Qué pesado es este hombre, tenía que haberme venido en la bici. Venga a hablar de todo el trabajo que está creando, de la riqueza que trae a la zona. Louis asiente como si fuera la primera vez que le escucha cantar sus propias alabanzas, de vez en cuando se da la vuelta y me sonrío. Le preocupa que suelte una de las mías, pero puede estar tranquilo. Sé mordirme la lengua. En cuanto frena enfrente del hotel, bajo del coche y un, dos, tres, cuatro zancadas y ya estoy al pie de las escaleras y, zas, de dos saltos, me planto en el porche. Abro la puerta de par en par y aspiró el olor a recién pintado. No ha cambiado mucho desde el último día que estuve, salvo que ya están todas las mesas del comedor dispuestas, las lámparas instaladas, enciendo, apago, enciendo, apago con la llavecita del interruptor, no me puedo creer que tengamos luz, y ¡maravilla!, ya está colocado el espejo detrás de la barra del bar. Me detengo unos instantes y apenas me reconozco en esa mujer sonriente, casi joven. Subo las escaleras y abro y cierro la puerta de cada una de las seis habitaciones –todo en orden– tres a cada lado del pasillo. Y los dos baños, uno a cada extremo, absolutamente blancos, con las pequeñas teselas cubriendo el suelo y las paredes, y las porcelanas del lavabo y el bidet y la bañera, todo resplandeciente y elegante. Eso sí, tengo que darle una buena pasada al

polvo. Entro de nuevo en una de las habitaciones. Me asomo a la ventana. Desde aquí veo la estación del tren, pintada en rojo y blanco y con el año de su fundación: 1924. Cinco años y después de un montón de trabas, aquí estamos, dispuestos a recibir a todos los turistas que vendrán este verano. Porque vendrán. Y si no, iremos a buscarlos. Y si no, le rogaré a san Ignacio, que para eso tengo su capilla justo enfrente.

–Te acabarás haciendo devota del santo.

¿Cómo es posible que este hombre me lea el pensamiento?

–Qué susto me has dado, Louis.

–He dejado la maleta en tu habitación. ¿De verdad que no te vas a traer nada más?

–No tengo más que un traje de diario y otro para ir a misa. Y mudas no te digo cuántas, que eso no es asunto tuyo.

–Pues tendrás que encargarte algún traje y un buen abrigo para cuando llegue el invierno. Y zapatos, nada de alpargatas, que vas a estar cara a un público respetable.

–Ya sabes que prefiero la trastienda. A ti se te da mejor la gente. Y no voy a trabajar en zapatos.

–La gente te va a ver tanto o más que a mí: en el bar, en las comidas, cuando recibas a los huéspedes... durante el día yo voy a seguir con la barbería, aunque suba aquí en cuanto cierre.

–Tienes cincuenta años, Louis. No creas que vas a poder con todo por mucho tiempo.

–Gracias por recordarme lo viejo que soy. ¿Vienes?

Bajamos al comedor, pasamos por detrás de la barra a la cocina, que está llena de cajas de madera con toda la vajilla que encargamos en San Juan de Luz. Estoy deseando desembalarla, pero primero voy a mi habitación. Está muy bien pensado el edificio, con esta parte reservada al servicio en el piso encima de la cocina. O sea, reservada a mí. Por lo

menos de momento, hasta que arranquemos y veamos si necesito ayuda. Louis dice que sí porque se espera mucha afluencia, yo no lo tengo tan claro. Siempre tan optimista Louis. De momento solo hemos preparado una habitación, la mía, que da a la cuadra donde estamos montando el gallinero. Y el baño, que es tan bonito como el de los huéspedes. Ahí Louis ha sido generoso y me parece bien. Todo lo que he trabajado para conseguir que hasta el último detalle esté perfecto no tiene precio y Louis lo sabe. Cojo la maleta. La abro encima de la cama y cuelgo en el armario el traje de los domingos y las dos blusas. Tiene razón, voy a tener que renovar el vestuario y llenar un poco este armario. Qué poco acostumbrada estoy a que alguien sea generoso conmigo. O que lo sea sin esperar nada extraordinario a cambio. Louis espera que trabaje bien. Nada más. Qué bonita es esta cómoda, sus cajones con tiradores de porcelana. Aquí meteré las mudas. Y el dinero y mis papeles y el documento. Lo despliego, creo que nunca me cansaré de leerlo. Qué diferencia, lo que pone en un papel y lo que pasa en la vida.

Silencio y paz aquí arriba. Voy a tener que conseguir un perro para las noches solitarias. El caserío más cercano, ahí abajo, a medio kilómetro. Si me pasara algo dudo que vinieran a ayudarme.

Al contrario que mucha gente, rezo más cuando estoy satisfecha; cuando me siento contenta me dan más ganas de comunicarme con Dios. También es cierto que en los malos momentos acudo a él y le rezo con fervor, pero en días como hoy rezo con alegría porque, por mucho que la Iglesia me

rechace, sé que Dios está conmigo y que aprueba lo que hago. Si no, no me sentiría en paz, me dolería la conciencia. Estoy cansada porque no he parado desde las seis de la mañana, pero he disfrutado cada hora de trabajo. Abriremos la semana que viene, por lo menos el bar y el restaurante, y luego esperaremos a que vengan huéspedes. Quiero que esté todo a punto, ya no queda tanto por hacer. El gallinero está acabado y mañana Fidel nos traerá las gallinas. Y el cachorro de pastor. Es buena persona Fidel, incapaz de meter en un saco a un perrillo y tirarlo al río, aunque le quite pan y no encuentre dónde colocarlo. La providencia. Yo necesitaba un perro, pues ya lo tengo. Pintxo, le llama Fidel. Seguro que es precioso y listo como el hambre. Me hará mucha compañía y me dará seguridad para estas noches silenciosas. Me gusta Fidel y me ha alegrado saber que también es de Oiartzun. Es una tontería, al fin y al cabo yo me fui de allí cuando no sabía todavía ni hablar, pero algo de querencia queda. Me pregunto por qué se vino a este lado cuando todavía estábamos en guerra. Lo normal era lo contrario, que los desertores pasaran y se quedaran trabajando en los caseríos de allá. Oiartzun está lleno de ellos, se casaron, tuvieron familia, consiguieron salir adelante. Ya contará un día su historia. Se ve que confía en mí, si no, no me hubiera insinuado que en el caserío le dejan cosas y luego él las distribuye por aquí. Si fuera aceite o vino o tabaco nos vendría muy bien. Habrá que ir viendo.

Lo que más he disfrutado hoy ha sido ordenar la vajilla y preparar la cubertería: desembalar los platos, las tazas, los vasos, las copitas de coñac y las copas buenas de champán que reservaremos para las visitas especiales, darle una buena jabonada a todo, secarlo bien para que no queden marcas de agua y

ordenarlo en los armarios. ¡Qué brillo tiene todo! Y las jarras y las bacinillas para las cómodas de cada habitación, qué porcelana tan bonita, la verdad es que tenemos un gusto exquisito Louis y yo.

Me puede el sueño, esto no ha sido una oración, Señor, pero espero que te sirva, y que no te quepa duda de que soy honrada y trabajadora y que en esta nueva vida esto es a lo que me voy a dedicar.

No doy abasto en la barra, menos mal que con el baile hemos quitado las mesas y no tengo que salir a servir. Tenía que haber hecho caso a Louis y contratado a alguna chica, aunque fuera solo para hoy. Él hace lo que tiene que hacer, saludar a la gente, enseñar el hotel, mostrar las habitaciones, los baños, contar los menús que vamos a dar, sobre todo a los señores importantes de la compañía ferroviaria, que esos sí que serán clientes fijos, por lo menos del restaurante. Mejor que Louis no se acerque a la barra porque solo me estorbaría. A ver si toda esta gente sigue bebiendo cuando tengan que pagarse el vino. Ya se han bebido las botellas que habíamos reservado para la fiesta. No está mal esto del baile, así viene la gente joven también, y las mujeres, y no se llena el bar solo con borrachos o jugadores de cartas, que se pasan las horas con un carajillo y llenan el sitio de humo. Y este hombre es un primor, cómo toca el acordeón y cómo canta y marca el ritmo, se me van los pies con él. Ahí vuelve Louis. Le enseño una botella vacía, me hace un gesto con las manos que interpreto como no más, se acabó, y se viene para la barra.

–Descansa un rato, querida.

–¿Y dejarte a ti al timón?

–Mejor que sea yo quien empiece a cobrar.

Hablamos a gritos, por encima del acordeón, las risas y las voces. Asiento y le digo que salgo un rato fuera. Necesito un poco de aire fresco y silencio. Abro la puerta y enfrente de mí, cuatro personas que parecen estatuas colocadas de menor a mayor: una niña de unos seis años, otro niño como de ocho, otra de doce o trece y un hombre enjuto y mal encarado. Me quedo en la puerta y les hago un gesto de bienvenida:

–¿No quieren pasar? No hace falta que tomen nada, pueden entrar a escuchar la música. Igual a los niños les apetece bailar.

–Entérese, señora, o lo que sea: a mí nadie me invita a mi propia casa.

No sé qué contestar ante este tono tan rudo.

–Disculpe, yo...

–Bajo esta aberración está la tierra que me han robado, la tierra de mi familia.

De la sorpresa inicial paso rápidamente al enfado. Este debe de ser el del caserío de ahí abajo.

–Oiga, yo no tengo nada que ver. Estoy aquí ganándome la vida como cualquiera.

–Como una cualquiera, querrá decir.

Me tiemblan las manos de rabia. Me acerco tanto a él que mi nariz roza su frente, le saco casi una cabeza. Apenas me sale la voz.

–Si lo repite, le cruzo la cara delante de sus hijos.

Se me queda mirando fijamente. Veo la sorpresa y la duda en sus ojos que se achinan. La hija mayor se acerca y le coge del brazo.

–Vámonos, padre, vámonos.

Sin dejar de mirarme, el padre retrocede y, después de unos pasos, se da la vuelta y se aleja con la mayor agarrándole todavía del brazo. Los dos pequeños les siguen de cerca, el chico se para, se da la vuelta y mirándome con los ojos de su padre enuncia claramente pu-ta-bru-ja-pu-ta-bru-ja. Su hermana lo llama y el niño echa a correr. Vuelvo a entrar. Me tiemblan las piernas y siento el estómago encogido. Louis me sonrío desde la barra, ahora casi desierta. El músico ha parado de tocar y se toma un vino con el alcalde. Algunas mujeres hablan en corrillos, algunos hombres también, otros han recuperado un par de mesas apartadas para el baile y han sacado las cartas. Siento un cansancio muy grande y desánimo, pero no le voy a decir nada a Louis. No voy a dejar que nadie me amargue el día.